

Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905
Pablo Gerchunoff, Fernando Rocchi y Gastón Rossi

Buenos Aires, Edhasa, 2008, 391 páginas, ISBN: 9789876280235

RESEÑA

Claudio Belini

CONICET-Instituto
Ravignani/PEHESA
Buenos Aires,
Argentina

[claudiobelini@
conicet.gov.ar](mailto:claudiobelini@conicet.gov.ar)

DOI

**10.3232/RHI.2009.
V2.N2.08**

Este libro tiene como objetivo analizar la política económica argentina del último tercio del siglo XIX. Más específicamente, su propósito es explicar cómo y por qué la anarquía monetaria y la competencia financiera entre el Estado Nacional y la Provincia de Buenos Aires, que caracterizó las primeras décadas de la nación unificada, se transformó, a finales del siglo XIX, en un nuevo orden económico signado por el dominio indiscutido del Estado Nacional.

La tesis de Gerchunoff, Rocchi y Rossi es que el triunfo de las tropas nacionales sobre las milicias porteñas en la revolución de 1880 afianzó la supremacía de la autoridad presidencial en términos políticos, pero no resolvió el enfrentamiento económico entre Buenos Aires y el Estado Nacional. Sólo la crisis de 1890, al provocar la quiebra del poder económico bonaerense y de las otras provincias, creó las condiciones para el fortalecimiento de la autoridad monetaria y financiera del Estado Nacional.

El estudio de las políticas monetarias y fiscales argentinas ha suscitado en el pasado una importante atención de los historiadores y economistas. Desde un amplio abanico de perspectivas teóricas, que van desde el keynesianismo al monetarismo, se ha analizado el papel de esas políticas para explicar las causas de la crisis de 1890, sus secuelas y la expansión de la economía agroexportadora.

La perspectiva de análisis de este libro toma distancia de esa literatura en al menos dos planos. En primer lugar, Gerchunoff, Rocchi y Rossi concentran su mirada sobre la dinámica política y el papel de los actores en la definición y aplicación de las políticas económicas. En varias oportunidades, este enfoque les permite resaltar el peso decisivo que tuvieron las coyunturas económicas y los acontecimientos políticos sobre las decisiones tomadas. En segundo lugar, los autores introducen la dimensión regional como una clave explicativa de las crisis. Hasta la década de 1890, el peso político de las provincias del interior y la importancia económica de Buenos Aires, crearon un marco poco propicio para alcanzar una fórmula que, bajo la administración del Estado Federal,

fuera aceptable para todos. Si la nacionalización de la aduana porteña en los años sesenta y la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880 parecían haber erosionado el poder económico de Buenos Aires, los autores demuestran que durante los años ochenta, esa provincia continuó desafiando por otras vías la autoridad económica del Estado Federal.

Desorden y Progreso se divide en tres partes. La primera analiza la política monetaria y financiera durante las presidencias de Julio Roca y de Miguel Juárez Celman. La crisis de 1890 y las políticas implementadas por el presidente Carlos Pellegrini son el tema de la segunda parte. Finalmente, en la parte tercera, los autores abordan las negociaciones tendientes al ordenamiento de la deuda externa y el retorno al patrón oro en 1899. El estudio se completa con un apéndice que contiene un estudio sobre el empréstito del Banco Provincia de 1876, más un anexo documental.

Como los autores reconocen, el análisis realizado sobre cada uno de los períodos exhibe una profundidad desigual. En la parte primera, se relata la lenta construcción de las bases económicas del Estado Federal. Gerchunoff, Rocchi y Rossi enfatizan la “competencia anárquica” entablada entre la Provincia de Buenos Aires, el interior y el Estado Nacional en torno de la cuestión monetaria y el acceso al mercado europeo de capitales. El poderío económico de Buenos Aires permitió a esta provincia contar con una moneda que era aceptada en todo el país y con el banco público de mayor solidez. Si bien los gobiernos nacionales intentaron acrecentar su autonomía financiera mediante la creación del Banco Nacional, este proyecto fracasó. La debilidad financiera del Estado Federal se reveló dramáticamente con la crisis de 1873, cuando el presidente Avellaneda debió recurrir al auxilio económico del Banco de la Provincia de Buenos Aires para sortear con éxito el peligro de la cesación de pagos.

Con la derrota militar de Buenos Aires en 1880, el presidente Roca intentó imponer un proyecto monetario centralizador. De esta manera, sancionó una ley de unificación monetaria, implantó el patrón oro y trató de reforzar la independencia del Banco Nacional. Sin embargo, el incremento de los gastos públicos (originado en la creciente demanda de obras públicas de las provincias), el déficit de la balanza comercial y el desordenado endeudamiento externo debilitaron este proyecto hasta hacerlo inviable. En 1885, Roca debió abandonar su programa centralizador y la moneda nacional volvió a ser inconvertible. Su sucesor, Juárez Celman, intentó un esquema diferente. Bajo el impulso de un extraordinario progreso económico, alentó un programa descentralizador a través de la sanción de una ley de Bancos Garantidos, que posibilitó el surgimiento de bancos provinciales. Un contexto internacional favorable para la colocación de empréstitos en Europa y una apreciación optimista de las posibilidades de la riqueza argentina alentarían un fuerte endeudamiento de la nación y las provincias. El deterioro de los términos de intercambio y la inconsistencia de las políticas monetarias y crediticias conducirían al estallido de la crisis en 1890.

La crisis arrastró tras de sí a los bancos públicos y privados y congeló “el conflicto distributivo” entre el Estado Federal y la Provincia. Según los autores, el nuevo orden que surgió de la crisis de 1890, no fue el resultado de un programa de gobierno, sino el producto

de la negociación entre los actores, entre los cuales los acreedores externos tuvieron un peso predominante. En diciembre de 1890 se firmó un Empréstito de Moratoria que imponía un costoso canje de los títulos de la deuda externa, pero evitaba la cesación de pagos. Poco después, Pellegrini impuso una serie de reformas destinadas a equilibrar la balanza comercial, contener los gastos públicos y moderar la depreciación monetaria.

La crisis arrastró también la solidez financiera de Buenos Aires. En 1891, la Provincia se declaró en cesación de pagos y, poco después, su banco se hundió. La oportunidad fue aprovechada por Pellegrini para implementar aquellas reformas que, soñadas por Roca una década antes, buscaban imponer la autoridad del Estado Federal. Sin embargo, la potestad presidencial estaba sometida a fuertes constricciones. La volatilidad del escenario político inaugurado con la revolución de 1890 y la delicada situación financiera afectaron el perfil de las políticas oficiales. La imagen de la administración de Pellegrini que surge de este estudio cuestiona aquella predominante en la historiografía. Se trató de un gobierno débil que lejos de imponer sus políticas, corrió por detrás de las urgencias de la coyuntura económica y la inestabilidad política.

Finalmente, la parte tercera aborda el surgimiento del nuevo orden centralizador monetario y financiero. Entre 1892 y 1905, los gobiernos nacionales resolvieron las cuestiones pendientes del endeudamiento externo, nacionalizaron las deudas provinciales y consiguieron domar el emisionismo inflacionario. Estos esfuerzos se vieron coronados con éxito gracias al incremento de la producción agrícola y la notable mejora de los precios mundiales, que al aliviar el peso de las deudas, permitieron al país regularizar su situación externa y retornar al mercado mundial de capitales. Con todo, los autores destacan que la recuperación económica fue lenta: recién en 1904 el ingreso per cápita superó por primera vez el nivel máximo registrado en 1889.

En este punto, un tema pendiente de mayor tratamiento para quienes se ocupen de este período es el análisis del impacto de la crisis de 1890 y de las políticas económicas posteriores sobre la economía real.

Desorden y Progreso demuestra que si las oportunidades abiertas a finales del siglo XIX posibilitaron la expansión de la economía agroexportadora, no resolvieron algunos dilemas que recorrieron la Argentina del siglo XIX, como la gran dificultad para conciliar intereses entre Buenos Aires y las provincias del interior, y la debilidad económica y financiera del Estado Federal. Al mismo tiempo, este libro presenta una imagen menos optimista de “la era del progreso” que matiza una interpretación hoy dominante en la historiografía económica.

En resumen, estamos ante un estudio agudo que, basado en una rigurosa investigación cuantitativa y una amplia exploración de fuentes cualitativas, permite reflexionar sobre el papel de los actores y las constricciones impuestas por las crisis en la trabajosa construcción del Estado Nacional.